

gares, mientras la actriz ha vivido con las preocupaciones del arte ó del amor, dos cosas eternamente jóvenes.

»Pero aquí estoy á punto de hablar como Brantôme, porque él es el que ha dicho: «Vive como las rosas; cuanto más cultivadas son las flores, más tiempo duran....»

* * *

Esther y Rosina Stoltz, que reinan imperiosamente en la Comedia Francesa y en la Ópera, han pasado las dos por la escuela de la dura miseria. Otras hubieran muerto en esa escuela en que hay que alimentarse de lágrimas; pero, estoicas las dos, mantenían con fe el fuego sagrado, verdaderas vestales del arte.

Las he visto una noche que se abrazaban tiernamente. He creído que iban á hacerse pedazos. Tan flacas son las dos. La fama no gusta de las gordas; su poca carne las sienta muy bien.

—¡Qué voz la tuya! (dijo Rosina Stoltz á Esther): para mí es la más agradable música.

—¡Qué admirable estás en la escena! (dijo Esther á la cantante.) Vengo á estudiar en ti la Raquel cuando cantas la *Judía*.

* * *

Esther, simpática á todas las personalidades, no comprendía á Jorge Sand, á la que juzgaba declamatoria y solemne. Hubiera querido hallar en ella algún grito del corazón. Se le decía que de estos gritos del corazón ó de la verdad, se hallan en cada página de Jorge Sand. Uno de sus amigos dijo:

—No se atreve á decirlo; pero lo que Esther quisiera hallar en Jorge Sand es una voz vulgar, expresiva de la familiaridad moderna.

—Eso es,—dijo Esther.

—Es igual (repuso su amigo); pero vea V. á Jorge Sand, porque habla V. de ella como hablan los parisienses de la China, sin haber ido nunca.

—Pues bien, no (dijo Esther); no iré.

—¿Por qué?

La Comedianta, con su aire burlón, contestó:

—Tengo miedo de admirarla demasiado.

No se han reunido nunca las siete maravillas del mundo porque se hubieran peleado.

Cuando se hablaba de Esther á Jorge Sand, ésta hablaba de Mad. Dorval.

La princesa Belgiojoso invitó á Esther á una cena.

—No iré, no, porque encontraré allí á Jorge Sand fumando un cigarro envenenado.

La Comedianta había sorprendido á Jorge Sand fumando un cigarrillo en la escena, duran-

te un ensayo ; había hecho un gesto de desdén, exclamando : «¡ Qué mal tabaco!» Por poco no llamó á los bomberos para que apagasen el fuego. Olvidaba que á los doce años fumaba ella tabaco detestable en bien mala compañía.

Á Jorge Sand sólo le gustaba Esther en la *Marsellesa*.

«Todos los artistas que toman parte en el certamen para esculpir las figuras de la República y de la Libertad, irán á estudiar las actitudes esculturales de Mlle. Esther cantando la *Marsellesa*. ¡Qué elegante símbolo de altivez, de audacia, de energía! Es el mármol que palpita.»

Esther ha notado ella misma el número de sus victorias y sus conquistas en los departamentos. ¡Curiosa odisea! El Teatro Francés le daba tres meses de licencia. Representó ochenta y siete veces en noventa días (y no setenta veces).

«Estos viajes me hacen más bien que mal (escribía al doctor Véron). El movimiento ahuyenta las enfermedades, la agitación los malos pensamientos; hace callar los malos instintos.

Las cartas al doctor Véron, que se suponía eran muy ligeras, son sencillamente cartas de una actriz á un espectador. Las faltas de ortografía no prueban nada, decía. El 19 de Octubre de 1841 Esther escribía al doctor Véron :

«He derrochado la primera parte de mi existencia en locuras de joven ; pero ya es tiempo de reparar mis faltas. Alentadme y aconsejadme en la segunda que siempre he soñado.

»ESTHER.»

Otra carta, que parece más significativa, porque está firmada á media noche.

«Quiero deciros que sois la causa de mi buena y correcta actitud en la Ópera esta noche. No os disguste esto por Halevy, mi querido amigo; pero me ha costado mucho trabajo tragar un acto de la *Reina de Chipre*. No he visto una obra maestra más enfadosa.»

Parece, sin embargo, que hubo un cambio de sortijas, porque el doctor Véron era sentimental; pero bien se comprenderá que este cambio de sortijas no prueba que el matrimonio se consumase.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MEXICO

Muchas veces se ha casado á Esther; pero ella no se ha casado nunca, y decía con mucha razón:

—Si me caso, se acabó la gran actriz: no seré otra cosa que una casada más.

Una vez, sin embargo, envió un embajador á uno de mis amigos para ofrecerle su mano. Mi amigo se apresuró á presentarse en su casa. Le dijo que sería el hombre más feliz del mundo si el matrimonio uniese fuertemente los corazones; pero le pintó tan gráficamente todas las catástrofes que iban á sobrevenir, que ella, á su vez, se apresuró á retirar su mano tan galantemente ofrecida.

Á propósito de estos matrimonios tantas veces anunciados:

«He oído decir á muchas personas de talento que era preferible ser maltratado por la prensa á sufrir su silencio y su olvido. Vengo, pues, á daros gracias por el recuerdo que me consagráis.... Pero, ¿por qué, amigo mío, no os preocupáis desde hace algún tiempo más que de mi matrimonio? Tengo dos hijos que adoro: tengo treinta y dos años, á juzgar por mi partida de nacimiento....

»Diez y ocho años de apasionadas tiradas de versos exhumadas en el teatro, de carreras locas, al fin de todos los mundos, de inviernos de Moskow, de traiciones de Waterloo, la mar pér-

fida y la tierra ingrata: he aquí lo que envejece bien de prisa á una pobre mujer como yo. Pero Dios protege á los valientes, y parece haber creado expresamente para mí un pequeño rincón, desconocido de todos los geógrafos, donde puedo olvidar mis fatigas, mis penas, mi prematura vejez.... y, sin embargo, lanzáis vuestro importuno *canard* en medio de los pájaros que juguetean en mis ramas, y que me cantan las bellas canciones de mi juventud, la más inverosímil, y la de la primavera.»

Los que pretendían que la gran actriz hubiera nacido enteramente armada en el cerebro de Minerva, negaban que había tocado la guitarra por las calles de París. Esto era sencillamente arrancar una de las más hermosas páginas de su vida; ella se refa mucho cuando hablaban de ella y negaban ese detalle. Ninguno de los amigos verdaderos se dejó engañar, Janin el primero. Cuando se vendieron sus muebles, saludó la guitarra, diciendo:

—Comprad la guitarra. Fué recobrada en un día de buen humor, y semejante á los zuecos de aquel pastor frigio que llegó á rey, debía recordar á la elocuente y soberbia Esther los accidentes, las canciones y las aventuras de su origen. ¡Ah! ya está muda; es una sonrisa, una irritación. ¡Era un canto tan melancólico!... ¡Eran las suyas, penas tan violentas como la sed, el hambre,

el aislamiento, el invierno, el abandono, y ecos de todo eso eran los sonidos de ese instrumento! La manita que pulsaba esas cuerdas, que gemían á su contacto, estaba helada por el frío.

* * *

Como Lamartine, que en sus últimas horas volvía á tomar la pluma para expresar en rimas imágenes fugaces; como Dumas, que creía dictar un folletín; como Talma, que se creía en escena, Esther estudiaba en su última hora el papel de Paulina en *Polyutto*, diciendo á su hermana:

—Para estudiar, es preciso pensar y llorar; pero no veo más que fantasmas que huyen.

Algunas otras frases de Esther en sus últimos momentos:

Valía la sorprendió hablando muy bajo. Escuchó atentamente.

¿Qué decía?

—¡Alba! mi amado país y mi primer amor.

Algunos minutos después, Esther se hallaba en plena Biblia:

—Esther (murmuraba) fué la más hermosa de su tiempo....

Al volver á abrir los ojos:

—¡Qué blancura de alma tan blanca, bajo su velo blanco!....

Y todavía dijo:

—¡Puedes tomar mi divisa; yo no la usaré más! Yo había dicho: *Todo ó nada*. Pues bien: todo es nada.

FIN.